

La Física y Química a lo largo del tiempo. Memorias de un viejo profesor: Primeros pasos en la ciencia y la docencia · José Antonio Martínez Pons

El viejo profesor, soy yo. Di mi primera clase a los 16 años, fue de Química a los suspensos en un cursillo de verano y me pagaron 700 pesetas, aproximadamente 4,20 €. Conviene recordar que el poder adquisitivo de las 700 pesetas de entonces era bastante mayor que el actual de 4,20 €. Sirvió para confirmar mi vocación docente. He tenido la suerte de poder vivir de ella.

En aquel entonces el Bachillerato era de seis años, pero antes había que cursar un año, el «ingreso», al final del cual había que hacer un examen ante un tribunal de tres o cuatro profesores de Bachillerato. Se pedían, si mal no recuerdo, entre otras «las cuatro reglas aritméticas», sistema métrico decimal, operaciones con quebrados, un dictado sencillito, algunas nociones de Historia y Geografía de España y capacidad de localizar en un mapa las capitales de provincia y los principales accidentes geográficos de España. También algunas nociones de Ciencias Naturales. Había que pasar una prueba escrita que incluía entre otras cosas algunos problemas de Matemáticas y un dictado. Luego venía una prueba oral ante el tribunal. Normalmente los examinandos debían cumplir los 10 años en el año del examen. Yo solo cumplía 9 y al final fue un pequeño problema. Accedíamos un 30 o 35% de los posibles. Los demás estudiantes eran escolarizados en las «escuelas graduadas» o en centros privados de «cultura general». Salvo casos excepcionales, los chicos y las chicas estudiábamos en centros diferentes, fueran públicos o privados. Al empezar el Bachillerato nuestro primer choque era encontrar que cada asignatura la impartía un profesor diferente. Hasta entonces, tanto en Educación Primaria como en el Ingreso teníamos un único profesor. El mío fue D. Gabriel Ferrando, esposo de una prima segunda de mi padre, a quien mi padre advirtió que precisamente por eso, me «diera duro» y lo cumplió. Nunca le llamé «tío» sino «señor», «profesor» o todos junto «señor profesor».

Mi primer contacto oficial con la Física y Química fue en tercero y cuarto de Bachillerato, pero desde bastante tiempo antes las lecturas de Julio Verne (la primera *La isla Misteriosa*, luego otras muchas más) habían despertado mi interés por las ciencias y «por los experimentos», así como mi ilusión por ser profesor. Dos años más tarde cambió el plan de estudios y la Física y Química empezó a estudiarse en 4º curso. El bachillerato se dividía en dos tramos: el primero era el llamado Bachillerato Elemental de 4 años, que culminaba con una «Reválida» (tenía otro nombre oficial, creo que «Examen de Grado»), que confería el grado de Bachiller Elemental. La metodología en general que típicamente se consideraba memorística, consistía en aprenderse unas lecciones y hacer los deberes en casa. Se nos solía preguntar «la lección», había exámenes escritos (algunos avisados, otra sorpresa) y cada trimestre, exámenes trimestrales. No sé si tuve suerte, pero, aunque en Física y Química no pisara un laboratorio, no considero la metodología tan memorística, por ejemplo, nadie me hizo aprender la lista de los reyes godos, sino a relacionar hechos históricos y ubicarlos en su época y desde pronto tuve que escribir «redacciones» sobre los temas más diversos (eso sí, sin faltas de ortografía) y recitar la lección implicaba aprender a hablar en público, además de enfrentarse a las preguntas del profesor siempre con el público, los condiscípulos, delante.

La Reválida, que se realizaba en los institutos y con tribunal de profesores estatales, cubría todo el programa del Bachillerato, no sólo las materias de 4.º. Para presentarse había que tener aprobadas todas y cada una de las asignaturas de los cuatro cursos y constaba de dos pruebas, la primera de «Aptitud» consistía en tres ejercicios: Latín, Lengua Española y Literatura y Matemáticas. Esta prueba se corregía y los que aprobaban pasaban a la siguiente prueba «Calificación», más o menos una semana después de la primera. Se nos advertía que debíamos de acudir al examen con chaqueta y corbata, dada la seriedad de la prueba.

En esta prueba nos examinábamos de las restantes materias. Física y Química era un único examen con la mitad de las cuestiones de cada materia. El promedio global de los 4 cursos contaba como una nota más en este conjunto. Era normal que los colegios privados dedicaran una hora extra diaria a repasar las asignaturas de los cursos anteriores, ya que las notas en las reválidas eran un índice de la calidad del centro. Aprobada la reválida se obtenía el título de Bachiller Elemental, que ya tenía un cierto prestigio y valor, incluso con un curso «puente» especial se podía acceder a algunas titulaciones. La siguiente etapa era el Bachillerato Superior. Constaba de dos cursos, 5.º y 6.º. En esta etapa había que optar por ciencias o letras. Realmente la diferencia era muy pequeña, los de letras estudiaban Latín y Griego y los de ciencias, Matemáticas, Física y Química y también Biología. Detalle curioso es que la mayoría de chicas optaban por letras. Tanto es así había colegios de chicas que solo impartían la opción de letras. Yo tengo una hermana un par de años menor que yo. Cuando le tocó matricularse de 5.º preguntó a nuestro padre de qué se matriculaba. «De lo que te dé la gana» fue la respuesta. Al regresar la preguntó de qué se había matriculado, a lo que respondió «De letras». «¿Y no había otra cosa?» fue la respuesta.

En quinto se estudiaba Química únicamente, porque se suponía que se precisaba menos conocimiento de Matemáticas, y en sexto Física. Los programas eran cíclicos en el sentido de que cada año se veía programa muy similar, pero con un mayor grado de amplitud y profundidad a este método se le suele llamar «en espiral». La Química de 5.º consistía en un repaso y ampliación de la formulación y nomenclatura, algunos conceptos reacciones químicas y sus tipos, de estequiometría y sobre todo química de los elementos: descripción, principales fuentes obtención, aplicaciones de los elementos más importantes. La Física de 6.º tenía mecánica elemental, electricidad, con estudio de circuitos sencillos de corriente continua algo de corriente alterna y, si mal no recuerdo, óptica geométrica. La Reválida de 6.º seguía la misma dinámica que la de 4.º: prueba de «Aptitud», ahora con Matemáticas, Lengua y Física y Química, y de «Calificación», con las restantes materias. Confería el título de Bachiller Superior que abría entonces «muchas puertas».

Cierto es que la Física y Química que se estudiaban eran fundamentalmente teóricas. Los centros tenían laboratorios de Física y Química (y de Biología y Geología) pero raras veces se utilizaban. Yo no recuerdo haber entrado más de una o dos veces en los laboratorios de Física o Química. En el Biología sí entré alguna vez más porque en la Reválida había una prueba práctica «de visu» en que había que identificar algunas plantas, algunos minerales y reconocer algunas obras de arte. Esta falta de laboratorio era posiblemente el peor aspecto de Bachillerato de entonces.

Después se cursaba un Curso Preuniversitario. Inicialmente no incluía Química, solo Física, y tenía un programa que pretendía preparar a los estudiantes para la universidad. Curiosamente incluía tres asignaturas monográficas respectivamente de Lengua, Historia y Filosofía que cambiaban cada año. A mí me tocó «Menéndez Pelayo y la historia de los heterodoxos españoles», «Plazas y provincias africanas de España» y «Constitutivo formal de la persona humana». En teoría no debían existir textos, para preparar a los estudiantes a la toma de apuntes, pero a poco de empezar el curso, las editoriales, bajo cuerda sacaban las respectivas monografías. El examen también con dos pruebas, la primera eliminatoria, se realizaba en la universidad y por profesores universitarios. Como en mi querida Mallorca entonces no había universidad tuve que desplazarme a Barcelona, de cuya universidad dependían las Baleares. Fue la primera vez que salí de la isla. Naturalmente fue en barco y en tercera clase a bordo de la motonave de la Transmediterránea «Ciudad de Burgos». El viaje duró toda la noche. En Barcelona nos alojamos en una residencia universitaria. Quienes no pasaron la primera prueba que recuerdo que incluía un examen oral de la Lengua Extranjera elegida (en mi caso, Francés), consistía en la lectura y traducción sobre la marcha de un texto (en mi caso del Paris Match más una pequeña conversación con el examinador, que a veces no pasaba del «*Asseyez-vous s'il vous plaît, Merci beaucoup Monsieur*»), no teniendo opción de presentarse a la segunda prueba con las restantes materias.

No voy a criticar las virtudes y defectos del sistema. Fue el que fue, con el que me formé y dentro del que empecé mi profesión. Solo añadiré que estudié en un colegio privado, de frailes Franciscanos del que guardo unos magníficos recuerdos y tuve profesores excelentes, sobre todo los de Matemáticas, Historia y Biología, buenos, algunos malos y alguno pésimo, pero todos contribuyeron a mi formación. En el Bachillerato Elemental disfruté de becas del PIO (Patronato de Igualdad de Oportunidades) y en el Superior y Preu de becas de la Fundación Juan March. Como detalle, cada trimestre debía presentar en la Banca March un certificado de mis calificaciones en el trimestre firmado por el director del colegio y la Fundación se reservaba el pagarme la asignación correspondiente si la media de las asignaturas era inferior a 8 sobre 10 puntos, ¡Menos mal que la Educación Física (Gimnasia, vaya) no contaba! La cuantía de la beca empezó siendo de 10.000 pesetas/año y luego subió a 12.000 pesetas. Además había descuentos por Familia Numerosa y por Matrículas de Honor y existían otros premios públicos y privados, yo obtuve uno «a los mejores expedientes académicos». Recuerdo que cuando mi madre (mi padre dejaba estas cuestiones a mi madre) consultó a la Fundación si podía presentarme (la beca era incompatible con otras becas) no solo le dijeron que «podía», sino que «debía» presentarme. La filosofía del sistema era que «el que quiera y pueda intelectualmente, no se quede sin estudiar».

José Antonio Martínez Pons

GEDH, RSEF-RSEQ

jamartinez46@gmail.com